

## CAPITULO XXIX (\*).

Consigue Constancio quedarse por único dueño del imperio.—Juliano el Apóstata.—El politeísmo.—Guerras civiles en el imperio.—Valentiniano y Valente.

MIENTRAS en Oriente tenían lugar los acontecimientos que acabamos de referir en el capítulo anterior, Vetranton ó Verranio era proclamado Augusto por el ejército de Iliria, á quien seducía su trato y su valor.

Anciano ya, declaró solemnemente que si aceptaba la púrpura con el título de emperador de Hungría era con el solo objeto de vengarse del usurpador Magnencio. Y esto lo demostró palpablemente uniendo su ejército al de Constancio y marchando juntos contra el usurpador, á quien alcanzaron finalmente en Murza destrozándole de tal manera que Magnencio se puso en precipitada fuga, dándose la muerte en Leon de Francia, temeroso de caer en manos de sus enemigos.

Segun se desprende de las siguientes inscripciones descubiertas en España, no solamente esta le reconoció como emperador, si que también á Decencio su hermano hubo de reconocerle como César y heredero suyo. Dicen así:

D. N. IMPERATORI SEMPER AUG. MAXIMO MAGNENTIO TERRA MARIQ. VICTORI PROV. DEDICAVIT.	D. N. MAGNO DECENTIO NOBILISSIMO ET. FLORENTISSIMO CESARI B. R. P. NATO M. P. XXXII.
--	---

Segun se desprende de ambas inscripciones, por la una se apellida á Magnencio emperador y vencedor por tierra y mar, y en la otra se conceden á Decencio los títulos de nobilísimo y muy florentiente César, desprendiéndose de las últimas iniciales que esta inscripción estaba fijada en una columna miliar.

Parecia natural que al quedar Constancio por único dueño, como su padre Constantino, se dedicara á fomentar y enaltecer aquel poderoso imperio que á cada paso amenazaba hundirse. Pero, lejos de eso con sus vicios, con su codicia y con su proteccion al arrianismo, no solamente fue un tormento para sus pueblos, sino que provocó mayores y mas fuertes escisiones religiosas, haciendo necesaria la celebracion de tantos y tan importantes concilios.

España fue de las provincias romanas que mas se resintió de la desastrosa administracion de Constancio. La prefectura pretorial de las Galias y el gobierno de España, encomendados á hombres como Rufino, Honorato, Nebridio y Florencio, estuvieron tan mal desempeñados como podia esperarse de personas que por halagar al Soberano hacian ostentoso alarde de sus mismos vicios y de su misma incapacidad.

En las Galias reinaba una agitacion perenne; y unidas á las revueltas que esto producía, las devastaciones de los francos y germanos obligaron á Constancio á nombrar á Juliano, sobrino de Constantino, jefe del ejército que operaba en aquel sitio; eleccion acertadísima, pues las buenas cualidades del agraciado hacian augurar un resultado feliz.

De tal modo supo este hábil guerrero captarse las simpatías y el afecto de sus soldados, que estos le proclamaron Augusto, quedando por señor del imperio á la muerte de Constancio ocurrida poco tiempo despues.

Este Juliano fue el apellidado por la historia el Apóstata, pues á pesar de sus relevantes prendas, rompiendo abiertamente con el Cristianismo, abrazó el gentilismo, pretendiendo desterrar por completo aquella Religion de su vasto imperio.

Amiano Marcelino, historiador gentil, le califica de supersticioso y fanático (1); siendo muy contradictorias las opiniones que se han emitido por los historiadores al ocuparse de él.

Su apostasia, como era natural, enemistóle con los cristianos; y aun cuando en su primera época trató de ser tolerante con ellos, segun se desprende de una carta que escribió á Scevola (2), pronto abandonó su aparente benignidad, y mostróse duro y cruel en demasía.

Pero los altares de los falsos dioses habian caido para no volverse á levantar, y aquel postrer esfuerzo del politeísmo sucumbió con el mismo que lo intentó. Juliano murió á los tres años escasos de su reinado, y el paganismo desapareció con él.

El ejército, que se habia vuelto á apoderar de la eleccion, ofreció la púrpura al prefecto Salustio, quien no quiso admitirla; quedando elegido en su lugar Joviano, hijo de aquel Vetranton que ayudó á Constancio á recobrar por completo todo el imperio de su padre Constantino.

Su reinado fue de muy corta duracion, pues escasamente llegó á ocho meses; pero durante ellos los cristianos respiraron con entera libertad, puesto que, profesando él su misma religion, cesaron las persecuciones de que fueron objeto en el anterior reinado.

(1) Voltaire le llamaba modelo de los reyes, y Montesquieu, el mas digno de cuantos han mandado á hombres.

(2) Quiero usar de dulzura —decía— para con los galileos, y no tolerar que se haga fuerza á ninguno para que concorra á nuestros templos, ni que se les obligue con violencia á que hagan cosa alguna contraria á su modo de pensar.

Valentiniano sucedió á Joviano, y al poco tiempo de su elevacion al trono asoció á su hermano Valente, á quien dió todas las provincias orientales, reservándose para sí las de Occidente. Desde esta época quedaron para siempre divididos los imperios de Oriente y Occidente.

Con la dominacion de Valente en las desdichadas provincias sujetas á su mando, sufrieron una de las mas encarnizadas persecuciones los católicos. El Emperador era arriano, y por lo tanto enemigo implacable de ellos.

En cuanto á Valentiniano, si bien no protegia á los cristianos á pesar de serlo él también, tampoco les persiguió ni derramó su sangre como su hermano. En cambio perseguía sin tregua ni sosiego á los hechiceros, restos de la última época del paganismo y que abundaban extraordinariamente.

Su frase favorita tratándose de alguno de estos era «Matarle,» y los dos hermanos dábanse tal priesa á llenar las cárceles de aquellos desgraciados, que apenas habian las fieras de los circos para devorar á los infelices que se las arrojaban.

Segun un historiador contemporáneo (1), Valentiniano hacia dormir junto á su lecho, y constantemente las llevaba junto á sí, dos osas feroces á quienes llamaba *Inocente* y *Lentejuela de oro* (2), sin que las diera otro alimento que carne humana.

Durante su reinado dióse á conocer un general español, cuyo hijo andando el tiempo habia de ocupar la alta posicion de aquel.

En desdichada hora Honorio Teodosio, que así se llamaba, consiguió llamar la atencion, no solamente del Emperador, sino de la nacion entera. Los pueblos de Africa, cansados de soportar el romano yugo, quebrantaron sus cadenas, y un hijo de Nubel fue proclamado emperador. La soberbia Roma, irritada con semejante proceder, aprestó sus huestes, y Teodosio fue el encargado de conducir las al combate.

El mismo que poco tiempo antes habia libertado la Gran Bretaña arrojando á los bárbaros que la inundaban hasta el centro de la Caledonia, cayó con ímpetu sobre los nómadas y los mauritanos, que cogidos de improviso no tuvieron otro medio para ganar tiempo que fingirse arrepentidos de su intento, y someterse al poder de Roma al menos en la apariencia.

Pero esta sumision, hija solamente del cálculo, desapareció tan luego tuvieron los africanos, ó al menos lo creyeron así, un ejército suficientemente numeroso para vencer á sus enemigos.

Dos años duró la nueva guerra, sin que los africanos consiguieran otra cosa que perder su ejército y aumentar la gloria del vencedor. Teodosio, dando repetidas muestras de ser tan hábil general como valiente soldado, no tan solo consiguió sojuzgar á sus enemigos, si que tambien captarse en tan alto grado las simpatías y el afecto de sus tropas de tal modo, que llegó á excitar sospechas, y á fomentar inquietudes.

Apenas repuesta la Mauritania de sus últimos desastres, un nuevo y poderoso ejército se arrojó sobre los romanos, que si bien en los primeros encuentros llevaron la peor parte, bien pronto bajo las órdenes de su arrojado caudillo, caminando de victoria en victoria, pusieron en tal aprieto al emperador africano, que no tuvo mas remedio que darse la muerte para evitar la ignominia de caer prisionero de sus contrarios.

Semejante resultado, á la vez que aumentó el cariño de los soldados, concitó contra el valiente general las iras de sus émulos, que hicieron creer al Emperador que Honorio Teodosio trataba de apoderarse del mando supremo ayudado por sus tropas. Los adivinos, á quienes se consultó sobre esto, vaticinaron su futura grandeza, y el afortunado caudillo recibe la muerte en pago de sus servicios al poco tiempo de haber sido bautizado.

Durante el reinado de Valentiniano las ciudades sometidas al imperio tuvieron sus defensores de oficio, para que las representasen y defendieran sus intereses.

De igual manera estableció este Emperador médicos gratuitos en Roma, para que atendieran á la asistencia de los enfermos pobres; creó escuelas públicas que venian á representar lo que nuestras modernas universidades; castigó con la severidad y dureza innatas en él á los adúlteros, y reduciendo los impuestos puso un correctivo enérgico á los abusos que cometian los agentes del fisco, tomando otra porcion de medidas y dando disposiciones encaminadas todas al mejoramiento y beneficio de sus pueblos (3).

Tan violento era Valentiniano y su irascibilidad tal, que su muerte fue producida por uno de esos accesos.

Sus dos hijos Graciano y Valentiniano II subieron al trono dividiéndose el mando, correspondiendo al primero la Galia, España é Inglaterra; y al segundo la Italia, la Iliria y el Africa; pero como Valentiniano era tan joven, quien verdaderamente gobernó todo el imperio fue su hermano.

(1) Amm. Marcel.

(2) *Innoxia* y *Misa aurea*.

(3) Código teodosiano.



EL EMPERADOR GRACIANO CORONANDO Á TEODOSIO.

Riera Xilior, Barcelona, Robador 24 y 26.

(\*) Todos los capítulos anteriores han sido escritos por D. Victor Rosselló, perteneciendo los siguientes, desde el presente, á D. Rafael del Castillo.



## CAPITULO XXX.

Primeras invasiones de los bárbaros.—Valente, Valentiniano II y Graciano.—Teodosio el Grande.

Con la muerte de Valentiniano coincidió la invasión de los bárbaros, invasión que no era otra cosa que el preludio de las que habían de seguir destruyendo por completo el poder de aquella Roma, señora del mundo un tiempo, y que tanto había de degenerar.

Mas de un millon de godos, según dice Ammiano, pasaron el Danubio yendo á establecerse en la Servia y en la Bulgaria, con permiso de Valente; y aun cuando los hijos fueron separados de los padres en virtud del contrato hecho, conservaron estos sus armas merced á las riquezas que llevaban, y con las cuales sobornaron á los oficiales romanos encargados de recogerlas.

Desde el momento en que la venalidad había dado un paso semejante, lógico era que siguiere dando todos los demás. En el trato celebrado con los romanos, habíanse comprometido estos á suministrar á los godos los víveres que necesitasen, pagándolos al contado. Las riquezas que llevaron consigo los bárbaros excitaron la codicia de los oficiales de Valente, que deseando sacar el mejor partido posible de su situación, empezaron á escasear los comestibles, aumentando como es consiguiente su precio, en términos de agotar muy pronto todos los recursos de los recién llegados.

Según los historiadores, á tal extremo llegó la sordidez de los unos y la pobreza de los otros, que por un pan empezaron dando un esclavo y concluyeron dando su propia mujer.

Fácil es de comprender que semejante estado no podía prolongarse.

Formando contraste harto marcado, los godos, que de todo carecían, veían á los romanos dar suntuosos banquetes y regalar-se con lo mismo que á ellos les sacaron abusando de su necesidad. Un día los ostrogodos, sin pedir licencia á nadie, quizás mandados llamar por los mismos godos para que les ayudasen en su obra de destrucción, atravesaron el Danubio é inmediatamente se aliaron con Fritigernes, jefe de los que estaban ya en el territorio romano.

Solo faltaba un pretexto para llegar á las manos, y precisamente un día que estaba convidado ese mismo Fritigernes en un banquete dado por Lupicino, general romano, comenzaron á reñir en Marcianópolis casual ó intencionadamente varios soldados godos con los romanos. El alboroto fué tomando creces, percibiéndose en la sala del festin las voces de los que luchaban, é inmediatamente Fritigernes y sus oficiales desnudan las espadas y se dirigen al campamento, donde toda aquella multitud de guerreros les esperaban con impaciencia.

Hiende los aires el ronco sonido del cuerno; la lucha se entabla, y los romanos quedan vencidos.

¡Ay! no había de pasar mucho tiempo sin que á aquel mismo sonido se estremeciera sobre sus cimientos el Capitolio de Roma.

La victoria obtenida por los bárbaros les ensoberbeció, y embriagados por ella se dirigen sobre la Tracia, lo pasan todo á sangre y fuego, y caen sobre Andrinópolis ávidos de nuevo botín y de matanza nueva.

Valente supo lo ocurrido en Marcianópolis, y comprendiendo aunque tarde el error que cometiera, pide á su sobrino Graciano socorro, y reuniendo á toda prisa sus legiones marcha contra los que ayer le demandaban protección, y hoy aspiran á ser sus señores.

Los dos ejércitos se encuentran, pero la caballería de los bárbaros cerca por todas partes á la infantería romana, rompe sus apañadas masas, y presto deshecha y acuchillada, busca su salvacion en la fuga.

Valente cae herido de un flechazo, y es retirado á una cabaña por los suyos. Sábenlo sus enemigos, acometen la cabaña, destrózan á los que la defendían, y le prenden fuego.

Allí, según Jornandes, sucumbió el Emperador de Oriente con toda su régia pompa; allí quedó su ejército destruido, y allí doblemente entusiasmados los godos con el buen éxito de su campaña, formaron el propósito de dirigirse á Constantinopla y apoderarse de ella.

Graciano no había podido mandar á su tío los socorros que le demandara antes del desastre de Andrinópolis, por hallarse empeñado en sangrientas guerras con los germanos.

Pero una vez deshecho de ellos y sabedor de todo lo que ocurría en Oriente, comprendió que en el progresivo adelanto de los godos iba mas ó menos lejano envuelto un peligro para él. Apresuróse á atajarle, oponiendo á aquel devastador torrente un dique suficiente á contenerle.

Buscó entre los generales con quienes contaba uno que pudiera servirle para el proyecto que meditaba, y no encontró á nadie mas que á Teodosio, hijo de aquel esforzado general á quien vimos en el capítulo anterior recibir la muerte en pago de sus servicios.

Las mismas causas que habían contribuido para la muerte del padre influyeron también para que el hijo, abandonando el servicio activo, se retirase á España su país natal.

En este punto como otro Cincinato, según lo califica el historiador Lafuente, recibió á los enviados de Graciano que con toda urgencia le iban á buscar.

El joven Emperador de Occidente, heredero por la muerte de su tío del imperio de Oriente, comprendiendo lo crítico de su situación, y considerando que el peso de aquellos dos vastos imperios era sobradamente comprometido para sus juveniles hombros, ape-

nas tuvo junto á sí á Teodosio, cuyas grandes cualidades conocía y apreciaba, reúne sus legiones, viste con la púrpura imperial al valiente general español, ciñele la corona de su tío, y le proclama emperador de Oriente en presencia de las tropas que le aclamaron con entusiasmo, agregando á los dominios que este imperio poseía las dos grandes provincias de Dacia y Macedonia.

En el año 379 de nuestra era subió á ocupar el trono que dejara vacante Valente el noble caudillo español.

Tres emperadores había dado España á aquella Roma tan temida y respetada, y los tres pueden con justa razon excitar el orgullo de la nacion que les diera el ser. Trajano, Adriano y Teodosio, fueron los tres españoles que sostuvieron sobre sus hombros la púrpura imperial, y cada uno de ellos en su tiempo llevó á cabo hechos de tal naturaleza, que á la vez que halagaban el orgullo del país en que vieran la primera luz, dejaron un recuerdo imperecedero en los fastos de la Roma de los Césares.

En la elevacion de Teodosio no entró para nada el favor: su propio mérito, sus virtudes y su inteligencia le llevaron á aquel sitio, y todos los historiadores se hallan contestes en que solamente él, según la opinion tanto de los cristianos como de los gentiles, podía salvar al imperio del grave riesgo que le amenazaba.

Y tal y tan grave era este riesgo, que ya los godos consideraban como suyo el imperio, en términos que, según refiere un historiador, uno de sus jefes decía: «Por lo que á mí hace, estoy cansado de matar, y lo que me admira es que un pueblo tan débil y que chuye siempre delante de mí, se atreva todavía á disputarme la posesion de sus provincias y de sus tesoros.»

Efectivamente, la indisciplina y el terror habían cundido de tal modo entre el ejército, que bastaba solamente la aparicion de algunos centenares de godos para que se desordenasen legiones enteras.

Teodosio, tan hábil político como valiente guerrero, apenas tuvo conocimiento de las disensiones y rivalidades que existían en el campo enemigo, comenzó á preparar el terreno para aprovecharse de ellas.

Natural era que entre dos pueblos enemigos ayer, como les sucedía á los godos, que por autorizacion de Valente se habían establecido en sus dominios, y los ostrogodos recién llegados, unidos solamente por el interés, hubiera escisiones y rencillas hijas de pasadas animosidades, y resucitadas con motivo de la reparticion del nuevo botín.

Teodosio conoció esto, y envió mensajeros diestros y seguros á Atanarico, jefe de los godos ó visigodos, ó su primer rey según suponen algunos, con quien entró en negociaciones.

El resultado de estas fue que Atanarico abandonó su campo y se dirigió á Constantinopla, donde de tal manera le agasajó Teodosio, y de tal modo le deslumbró con las maravillas de la suntuosa corte, que no tuvo que hacer gran esfuerzo para atraerle á su partido.

El Emperador de Oriente necesitaba á todo trance restablecer la paz en sus Estados, pues comprendía que solo á la sombra de ella podía adelantar y fomentarse la general riqueza; y merced á su talento y energía consiguió realizarla.

No sucedía lo mismo en el imperio de Occidente. Graciano era un monarca joven é indolente, mas dado á la caza y á otras diversiones que á los graves asuntos del Estado; y sin fuerzas ni valor bastante para oponerse á Máximo, soldado de fortuna que se hizo proclamar emperador en la Gran Bretaña, no pudo resistirle en la Galia, á donde vino á buscarle su contrario, y con la vida perdió el trono de que aquel se apoderó inmediatamente.

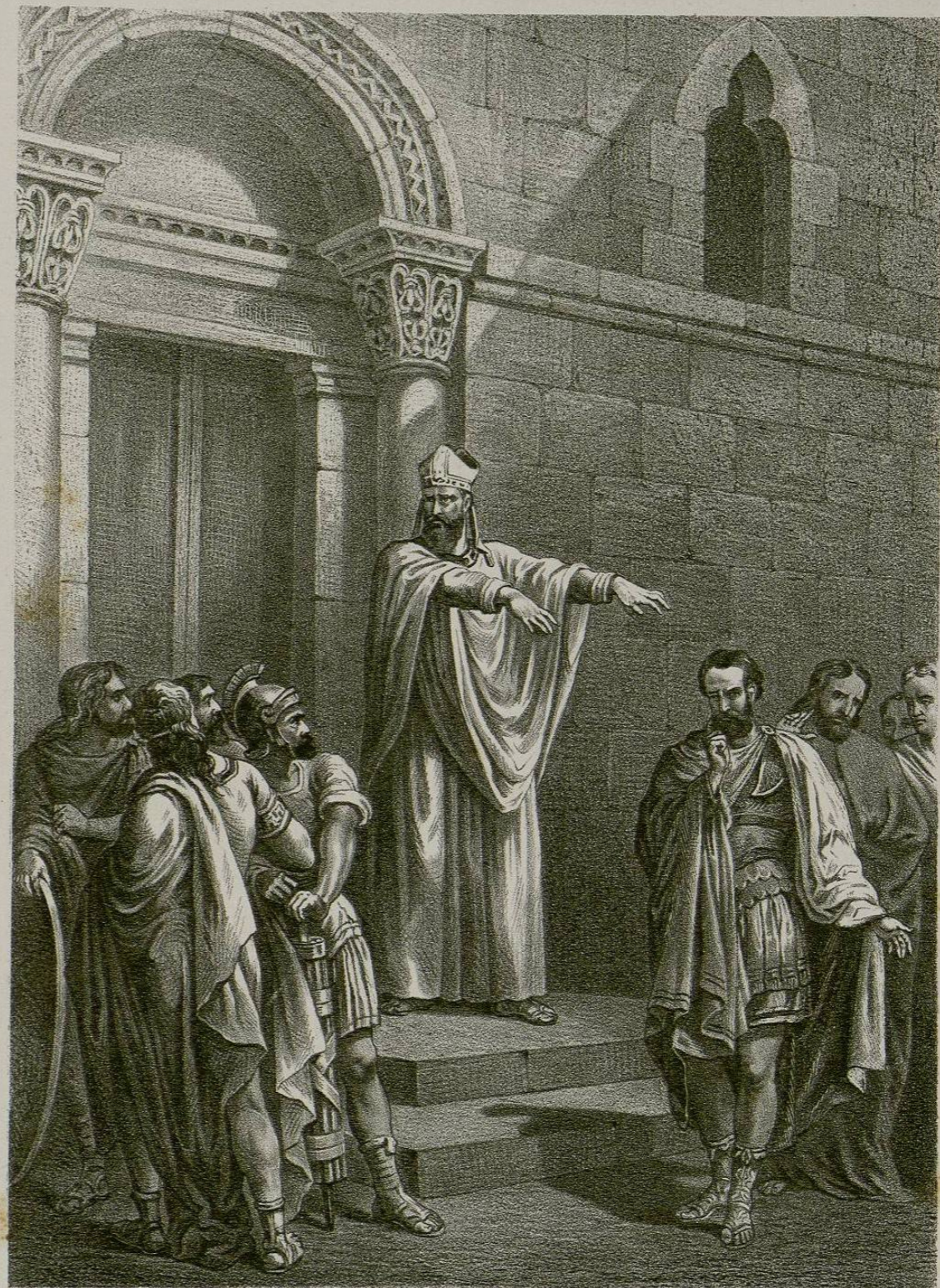
Reconocido emperador por los galos y los españoles, trató de arrojar-se en alas de su ambicion sobre la Italia; pero felizmente san Ambrosio, obispo de Milan, se interpuso en su camino, y proponiéndole el pacífico goce de los países del desdichado Graciano, consiguió que desistiera de su empresa, compartiendo el imperio de Occidente con Valentiniano II, hermano de Graciano.

Mas ¡ay! que cuando la ambicion se apodera del corazón humano, es un venenoso áspid que punzando sin cesar con nada se satisface. Máximo, asociado á su hijo Víctor, no pudo resignarse mucho tiempo con aquella situación. De repente y sin motivo alguno declara la guerra á Valentiniano, que se refugia en Tesalónica invocando el auxilio de Teodosio, que poco tiempo antes se había casado en segundas nupcias con su hermana Galla.

El Emperador de Oriente no se hizo esperar mucho. Se pone al frente de sus soldados, derrota en Panonia á Máximo, á quien hace prisionero, y despues de haberle mandado decapitar devuelve á Valentiniano el trono que aquel le usurpara, sin querer aceptar nada para sí. De este modo pagaba al hermano la deuda de gratitud contraída con Graciano.

Pero Valentiniano era incapaz de sostenerse en el puesto que ocupaba. Arbogasto, soldado de fortuna también, y en cuyas manos había depositado el débil monarca todo el peso del Estado, de tal modo abusó de aquella confianza, que un día en que el Emperador trató de recobrar su dignidad perdida, apareció ahogado en su propio lecho.

Teodosio, á quien con suma justicia se ha apellidado *el Grande*, despues de derrotar á Arbogasto y á Eugenio, á quien aquel invistió con la púrpura de Valentiniano, quedó por único dueño de todo el imperio en el año 394 de la era cristiana.



Serra lit.

Casals imp.

SAN AMBROSIO EXCOMULGANDO AL EMPERADOR TEODOSIO.